



**TOMAS SALVADOR**

**T**

Cuando el Papa Clemente XIV suprimió, en 1773, la Compañía de Jesús, el padre Ricci, general entonces de la milicia ignaciana, dejó una profecía apocalíptica: tiempos de confusión, apostasías y terrores; “pero, en un lugar de Francia, un Duque - Fuerte restablecería el prestigio de las flores de lis, el poder de la Iglesia y los auténticos valores...”.

Muy a pesar suyo, obedeciendo la inercia de los acontecimientos históricos, vuelve Martin Lord. En un lugar de la Champaña francesa, en el bosque de Oriente, donde según la tradición tuvo su centro la Orden de los Templarios, un llamado Hugo de Pains, descendiente de un fundador del Temple, está reconstruyendo un feudo medieval, desde la “cité” administrativa a las Encomiendas religioso-militares, pasando por las granjas. ¿Es el juego ególatra de un nuevo rico? ¿Es algo más importante, que puede afectar al equilibrio mundial? Porque existe una palabra mágica: EGREGORA, que es toda una síntesis de acción política y humana. “T” contiene una enorme carga premonitoria. Lo que aquí se dice es una posibilidad, un futuro que ya ha comenzado (TOMÁS SALVADOR).

*El pasado no es, sino que es una larga memoria del pasado; el futuro no es, sino que es una larga expectación del futuro.*

SAN AGUSTÍN.

El hecho de que el *team* del tercer curso de Medicina Orgánica —comandado por Odioso Marcus Levithan— le estuviese zurrando al grupo de Biología Experimental —dirigido por Martin Tristán Lord—, por cinco carreras a tres, no es que fuese a cambiar el curso de la Naturaleza, ni siquiera a significar un trastorno político.

Pero una apuesta de diez libras es una apuesta de diez libras, suceso disímil de irritante comprobación porque cuando se gana, se ganan diez libras, pero cuando se pierde, se pierden veinte, las diez que se lleva el hijomadre afortunado, y las diez que dejas de percibir. Si añadimos que el importe podría ir a parar al bolsillo de alguien tan repelente como Odioso Marcus, la cosa se comprende mucho mejor. Odioso Marcus no dudaba en emplear toda clase de artimañas y Tristán Lord estaba empezando a ver rojo. Pongamos por ejemplo: le tocaba entrar a Regie McDowall, con mucho el mejor lanzador del equipo, pero con la maldita costumbre de ruborizarse cuando alguien le llamaba *Tulipán Escocés*, que era precisamente lo que le llamaban todos..., menos los profesores.

Excepto Odioso Marcus, que se saltaba las reglas y encima se reía.

—*Tulipán, Tulipán*, que se te caen los colores.

Conque va *Tristán Lord*, se acerca a Odioso Marcus Levithan y le dice:

—Marcus, o cierra usted esa boca o se la cierro yo de un guantazo.

Odioso Marcus pudo haberse callado, o disculpado. Pero, no...

Odioso Marcus Levithan se caló bien las antiparras, se frotó las narices con el dorso de la mano, se aupó sobre sus pies y dijo:

—¿Ha dicho usted un guantazo?

—He dicho un guantazo. Pero si lleva usted su purismo a extremos totales, le diré que le pegaré un batazo, que viene de bate.

—Usted, ¿y cuántos más?

Odioso Marcus Levithan rió su propia gracia, mirando en torno suyo para indicar a sus corifeos que podían secundarle. ¿Qué se pensaba Triste Lord...? El más infeliz de los «Dons» amenazando con liarse a estacazos en el campus, verde y sagrado, de la Domus Magna. ¡Vivir para ver! Y Odioso Marcus Levithan volvió despectivamente la espalda al aburrido colega y le gritó a su *goalkeeper*:

—¡Córtame ese *Tulipán Colorado*!

Lo cual era una desfachatez, porque pronunciaba hasta las mayúsculas y además estaba enseñando el trasero a Lord. Un trasero, dicho sea con perdón, bastante esmirriado, sobrando fondillo de los pantalones por todos los lados, irnos fondillos lustrosos y encerados, colgajosos, como la piel de un elefante centenario. Y el llamado *Triste Lord* sintió que su mano derecha agarraba un puñado de dichos fondillos, mientras su izquierda se elevaba hasta el cuello de algo parecido a una canadiense, y que ambas manos, de conjunto, en perfecta simbiosis, tomando una la fuerza de la otra y ambas el rigor del equilibrio que, siguiendo la teoría euclidiana, si pasa por dos puntos llega indefectiblemente a un tercer punto, levantaban a Odioso Marcus Levithan irnos centímetros sobre el suelo al tiempo que lo impulsaban hacia delante. Y si es preciso explicar esto, se explica y en paz. La fuerza de las manos levantaba, pero el impulso de *Triste Lord*, que empujaba, realizaba lo que podría llamarse movimiento coordinativo, en virtud del cual Odioso Marcus Levithan se veía obligado a correr sin necesidad de poner los pies en el suelo, o todo lo más, las pun-

tillas y aun eso en los escasos momentos en que su fuerza motriz se detenía a respirar.

Y así fue como los componentes de los dos *teams* y tres centenares más de *pup* que holgazaneaban por los linderos del bosque, y otros doscientos más —incluyendo profesores, austeros y entunicados— que llegaron corriendo de las inmediaciones, pudieron contemplar el excitante y curioso espectáculo de un profesor de Patología Diurética volar a escasos centímetros del suelo a impulso de una fuerza motriz que en rigor purista podría llamarse animal. Y pudieron ver que la bocaza de *Saddish Lord*<sup>[1]</sup> llamado así porque nadie recordaba haberle visto reír en el último trienio, se abría en una sonrisa de oreja a oreja.

Y pudieron ver cómo, después de batir el récord mundial de las cien yardas impulsadas y el de las doscientas campo a través, las manos coordinadoras de *Tristán Lord* detenían la tracción delantera, metían la primera y levantaban a Odioso Marcus Levithan a un metro del suelo, lo columpiaban amorosamente y lo expelían con destino a un macizo de rosas, admirable flor a la que madre Naturaleza ha dotado de colores y aromas admirables, pero también de agudas espinas estratégicamente colocadas. Odioso Marcus Levithan, aullando palabrotas, quedó sólidamente incrustado en el centro de una familia de *Regina Exoniensis Flavia*, con notorio desperfecto de ambas partes.

Tristán Lord, limpiándose las manos en un albo pañuelo sacado de sus bolsillos, se dirigió nuevamente al lugar de juego, pronunciando sus famosas palabras:

—No ha sido nada, señores. Continuemos.

Que electrizó a sus jugadores, como las de Nelson a los marinos de Trafalgar, cual lo prueba el que de las cinco carreras siguientes se adjudicasen sin oposición, o mejor digamos con una oposición tibia, cinco. Ciertamente, era difícil atender el juego si se torcía el cuello para ver a Odioso Marcus salir del rosal. Y así estaban las cosas cuando un bedel, con la engolosa fraseología académica que, ciertamen-

te, podían pasarse por alto los *pups* y los *Dons*, pero nunca los bedeles, comenzó a declamar de grupo en grupo.

—Atención, Milords... Se requiere al profesor Martin Lord. Su Honorabilidad el Decano y Vicecanciller mister Ferrer le ruega se digne honrarle con su presencia en su cámara particular. Atención, atención, repito. Se requiere al profesor Lord...

La costumbre requería que los no interesados se hicieran perfectamente los sordos, mientras el interesado, cuando quería, levantaba un brazo, hacía una sobaquina al bedel, y éste, dándose por enterado, volvía al palacio o se dedicaba a comer hierba.

—Bueno, ya se enteró —comentó Leo León, profesor adjunto de Mineralogía, rompiendo la tradición de no escuchar lo que no le concernía.

—Yo diría que, malo, ya se enteró —musitó Lord, después de hacer la sobaquina al bedel y que éste dijera: «igualmente».

—Bueno...

—Malo.

—Te digo que sí, que está bien.

—Bueno.

—Malo.

—Bueno.

—Te digo que es mala cosa el que haya sido tan rápido. Debe estar muy enfadado —gruñó Leo.

—Debe ser por las rosas —dijo Lord, mientras se abrochaba botones, arreglaba pliegues y atusaba cabellos.

—¿Crees que los desinsectantes pueden ser venenosos? —preguntó Leo, esperanzado.

—Mucho me temo que no.

—No se puede tener todo en el mismo día... Anda, hijo, el Honorable te espera.

Pero Martin estaba mirando en derredor. Y era la suya una mirada nueva, una mirada que se asombraba, aprehendía, atesoraba. Una mirada que tenía vida propia, que se

untaba de verdes, se prendía en los amarillos, se enamoraba de los rojos. Y era la piel de su frente, surcada de arrugas horizontales, la que latía y estremecía. Y eran sus manos las que temblaban. Y sus oídos los que captaban los sonidos.

—Que el Honorable te está esperando —insistía Leo León.

—Que espere.

Y Martin Lord comenzó a andar, pero en vez de encaminarse a la majestuosa puerta de la biblioteca, se fue en dirección opuesta, unos centenares de metros hasta el gran balcón o depresión que se abría frente al lago Vanbrugth. Allí le fue llegando la fuerza telúrica del recuerdo. Allí, las sombras que habían sido sus compañeras comenzaron a tomar color, movimiento, aroma. Y sonido. Un sonido cambiante, mezcla de campanas y palabras humanas. Allí...

Dos horas más tarde Martin Lord llamaba a la puerta de la alta cámara asignada a su Honorabilidad Peter Ferret.

—¿Se ha tomado usted su tiempo, verdad? —gruñó el Decano.

Y posiblemente hubiese seguido gruñendo, pues era algo que le gustaba mucho, pero algo en el aspecto general del profesor Lord le detuvo. Parecía cambiado; más duro, más asomado al exterior.

—Heme enterado que usted ha tirado a Odioso, digo, al profesor Marcus Levithan a un macizo de rosas.

—Sí, Honorable. Hacía trampas en el juego.

Hacer trampas en el juego era un pecado imperdonable en la Inglaterra victoriana. En la Gran Coneja del siglo veintiuno, también, aunque menos.

—¿De verdad? —Su Honorabilidad enarcaba una ceja, gesto cinematográfico del que estaba muy orgulloso.

—De verdad. Insultaba a mi *pitcher*, para que se pusiera nervioso.

Su Honorabilidad se bajó con un gesto disimulado de la mano la ceja enarcada, pues su habilidad no llegaba a los dos movimientos.

—Bien, dejemos eso por ahora. Le he llamado porque he recibido un despacho de la secretaría particular de Su Graciosa Majestad. Como usted posiblemente ignore, compete a este decanato proponer las recompensas anuales por méritos académicos, que el Canciller eleva después al gobierno de su majestad.

—En efecto, lo ignoraba.

—Lo que no ignorará es que usted no ha hecho méritos excepcionales para ser premiado.

—Lamento estar de acuerdo. Efectivamente, no he hecho méritos para nada.

—Entonces, ¿por qué le hacen Sir y le conceden la Orden del Imperio Británico?

—Debe ser porque ya no hay imperio.

Su Honorabilidad consideró el asunto.

—Al doctor Power, nominado para el Nobel el pasado año, le han hecho caballero, e igual distinción alcanza el profesor Gordon, que cumple cincuenta años de docencia. En cambio se han pasado por alto las propuestas al doctor Mangold y...

—La suya propia, ¿verdad?

—Resulta cruel por su parte esa indicación.

Martin Lord dudó antes de contestar.

—Es una broma corriente en los pasillos. «El viejo Hurón quiere cambiar su piel por la del armiño»<sup>[2]</sup>.

—Pues una frase de mal gusto.

—Ajá...

—¿Cómo...?

—Digo que tiene usted toda la razón. La Universidad ya no es lo que era antes. No se debieron suspender los castigos corporales.

Mr. Ferret miró atentamente a su interlocutor, buscando una prueba de humor malsano. Descontento consigo mis-

mo, se levantó para servirse una copa de oporto, no porque le gustara el oporto, sino porque era tradicional.

—Me gustaría saber lo que hay tras esa cara de palo. Y otra cosa: la imposición será dentro de quince días y quizá venga el rey en persona. Y vendrá nuestro Canciller... ¿Decía usted algo...? ¿No...? Me pareció que le llamaba usted gitano, pero puedo haberme equivocado, si usted lo niega. Pero, ¿qué iba a decirle?

—Podría, para empezar, darme la enhorabuena. (Martin).

—Por supuesto. No crea usted que soy un salvaje.

Martin sintió piedad por aquel anciano, acomodado a un mundo donde él, a poco que se descuidara, también quedaría preso.

—Lo siento, doctor, olvide mis palabras.

Su Honorabilidad, que en el fondo era buena persona, serenó su frente y se atusó como pudo sus escasos cabellos.

—Está olvidado. No obstante, me gustaría decirle que las recompensas y honores que acaba usted de alcanzar le van a proporcionar una situación difícil en esta Universidad. Usted conoce el paño.

Martin lo conocía: un mundo limitado, procurar satisfacer al vicescanciller y a sus alumnos. Renovar el contrato cada dos años; rodearse de respetabilidad, no desear la mujer del colega, no emborracharse fuera del cuarto propio, vestirse anacrónicamente y dejar que el tiempo pusiera su pátina sobre todo ello. A cambio, con la respetabilidad y el tiempo, un honor académico, el título de caballero, quizás el de Lord.

Lo que le costaba más comprender a Martin era la razón por la cual debía precaverse. La noticia estaba todavía fresca, sobre la mesa, y le costaba acomodarse al futuro. Otros profesores, más viejos, más notables, con mayores méritos, esperaban su turno. Un turno más bien parco, avaro en sus premios a la inteligencia. Y he aquí que él adelantaba en

dos trancos a dos centenares de ilustres colegas, en plena juventud y sin motivo aparente. Aunque no lo quisieran, aunque sonrieran al hablarle, sus compañeros no podrían evitar el recelo, la envidia, el íntimo sobresalto del fracaso, la triste angustia de la postergación.

Su Honorabilidad estaba hablando.

—A usted le llaman *Triste Lord* y no he tenido una razón especial para significarle. ¿Ha realizado usted gestiones, contactos, fuera de los conductos académicos?

—No. Ninguno.

—Incluso ha suspendido algunos y prometedores trabajos con talasofitas y algas; usted es un hombre correcto, sencillo, con ramalazos de mal humor. A usted nunca le ha pasado nada. ¿Por qué, entonces?

—Sí, claro; no tengo una mujer guapa que visite despachos; ni hago declaraciones a los periódicos...

—Perdone, Lord, no me interprete mal. Si hay modos torcidos para ganar honores, también los hay dignos. Pero me consta que en Buckingham hilan muy fino y trato de hallar una razón. Usted debe saber algo.

Martin sonrió suave, melancólicamente.

—Quizá.

—¿Me lo puede usted decir?

—No. No puedo.

—Bien. No le entretengo más.

Martin cerró, suavemente, la puerta tras de sí. Unas gotas de sudor orlaban su frente. Se las restregó con la manga de la chaqueta.

—¿A quién debo anunciar?

—A Sir Martin Lord.

—Está bien. ¿Tiene usted cita previa?

—No; pero tengo la marca del vampiro. ¡Vamos, dese prisa!

—Bueno, bueno, no se enfade...

Cinco minutos después, y eso porque Martin se había detenido tres de ellos para escuchar las vibraciones que sacudían todo el edificio, las mismas que escuchara tres años atrás, un ordenanza le introducía en el despacho del hombre que más odiaba en el mundo.

Éste se encontraba sentado tras su mesa, rodeado de sus extraños aparatos. Seco, huraño, mantenía en su cara una mueca de extraña catalogación.

—Hola, Cris. (Martin).

—¿Qué tal, Lord? (Mattingly).

—Bien, hijomadre; ¿qué tienes en la cara? (Martin).

Cris Mattingly se tocó suavemente la mejilla.

—¡Oh!, esto... Una de tus patadas me rompió toda la dentadura, quebró no sé qué nervio y casi me salta un ojo. (Mattingly.)<sup>[3]</sup>.

—Y yo sin saberlo. Tres años sin poderme alegrar. (Martin).

—Y los riñones me echaron sangre durante meses. (Mattingly).

—En cambio, mis heridas no han sangrado. Debe ser que en el cerebro no hay sangre (Martin).

—¿Y no la hay? (Mattingly).

—No lo sé. Yo estoy seco. (Martin).

Se observaron en silencio. Apenas habían convivido juntos cuarenta y ocho horas irnos años antes, pero se conocían tan íntimamente como pudieran conocerse dos hermanos. O eso creían ellos, limitados a un recuerdo común, a una atroz experiencia. El esfuerzo que hacían para conservarse fríos, distantes, era excesivo, incluso en su silencio.

—Bien, ya estoy aquí. (Martin). ¿Qué quieres ahora de mí?

—¿Qué te hace suponer que yo te necesito? (Mattingly).

—Me has llamado, y eso es todo. (Martin).

—Curiosa lógica la tuya. Te presentas aquí, haciéndote llamar Sir Martin... ¿Te he felicitado por el título? ¿Lo has conseguido con tus talasofitas gigantes? (Mattingly).

Martin observó en silencio a su antiguo amigo durante unos segundos.

—Digamos que una de las cosas que quiero preguntarte es el origen de mi título. (Martin).

—¿Cómo puedo yo saber lo que se cuece en la Corte?

—Tú nunca sabes nada, ¿verdad? Te limitas a dejar la semilla. O haces como aquel pájaro de un poema épico<sup>[4]</sup> que en un sitio pone los huevos y en otro pega los gritos. (Martin).

—¿Serviría de algo que yo te hablara de la patria, de la sociedad, de nuestros deberes hacia esta enmerdada cosa con la cual y para la cual vivimos? (Mattingly).

—Hijomadre.

Sobre el rostro de Mattingly, obligado a una perpetua mueca muy parecida a una sonrisa, apareció algo semejante a una mancha de color rojo. Pero sus ojos permanecieron fríos y metálicos. Aquel hombre llevaba muchos años encerrado en una feroz disciplina. Quizá su único punto débil era el hombre que se sentaba enfrente, y ambos lo sabían.

—Ya veo... Como gustes, enfádate. He llegado a saber que te llaman *Tristán Lord*. En cambio, a mí, me llaman *Smiling Matt*<sup>[5]</sup>. No me quejo. En el fondo, debo agradecerlo. Es una máscara que me permite seguir llorando por dentro. (Mattingly).

—Dime, ¿se te aparecen en tus noches? (Martin).

Mattingly se levantó bruscamente, se acercó a una ventana y durante largos minutos estuvo observando el exterior. Martin, sin mirarle, esperaba. Tenía para ello todo el tiempo del mundo.

—Todas y cada una de ellas. Se sientan en el borde de mi cama. Y yo les digo: *Good evening, Sad* <sup>[6]</sup>. Y ellas se callan. Y me duermo, cuando puedo, cuando me atiborro de píldoras, con su presencia silenciosa. (Mattingly).

Martin asintió suavemente, inclinando la cabeza.

—Dime sus nombres, anda. (Martin).

—No; no quiero. (Mattingly).

Martin agitó sus puños delante de Cris Mattingly.

—¡Vamos! ¡Vomítalo!

Mattingly negó suave, pero tenazmente, moviendo la cabeza.

—¿Vas a pegarme otra vez? No; no lo hagas. Y no es porque te vaya a responder, ni a reprochar. Es que no debes hacerlo por tu propia seguridad mental. No debes nunca saciar tu odio. No debes destruirme, porque entonces te quedarías sin objeto para vivir, para golpearme una y otra vez en tus noches.

—No dejas de tener razón, hijomadre. Debo aprender una cosa, que ya tenía olvidada: que nunca debo discutir contigo. Pero algo sí voy a decirte, sus nombres. Se llama María y era hermosa como el declinar de la luz. Se llamaba Mabel, y amaba las lilas silvestres<sup>[7]</sup>. Y ahora, puedes quedarte en tu maldito despacho, el oficioso, porque supongo tienes otro en algún departamento oficial, ¿verdad, coronel? (Martin).

Lord se levantó y, tras mirar despacio a su derredor, se dirigió a la puerta. Antes de llegar a ella, Mattingly le llamó.

—Martin, vuelve un instante.

—¿Me vas a decir ahora por qué me has llamado?

—Sí.

—¿A tu retorcida manera?

—A mi retorcida manera.

Martin Lord volvió a su silla.

—Por lo demás —dijo Martin— el acertijo no era demasiado difícil. ¿Quién iba a tirarme a la cara un título de caballero del Imperio británico? El que sabía que yo había prestado un servicio al *stablishment*. ¿Quién iba a destruir mi *status* en la Universidad? El que me necesitaba para otra nueva canallada. ¡Oh, sí!, ya sé que a cierto nivel los asesinos son llamados héroes, las prostitutas, damas abnegadas,

y los falsarios, caballeros. ¿A quién tengo que matar ahora, Cris?

—A nadie.

—Quizá no haga falta. Quizá mi papel es desatar solamente las fuerzas ocultas del destino.

—Quizá.

—Dime una cosa. Cris. ¿Se puede caminar de noche por las calles?

—¿Acaso no lo sabes?

—Hace tres años que no he cruzado las rejas de la «Vanbrugh's Gate»<sup>[8]</sup>. Pero, ¿qué te voy a decir a ti? Lo sabes perfectamente.

Mattingly echó con cajas destempladas a alguien que asomó la cabeza por la puerta. Luego, sin hablar, tendió a Martin el ejemplar de un diario. No se necesita ser un lince para advertir que, por una razón señalada, casi lugar común, se destacaban los acontecimientos nocturnos.

—¡Vaya, por Dios! Y tú y yo, y ellas, somos los héroes callados de este nuevo estado de cosas. Lástima que no se puedan pregonar. A menos que, ¿cómo se llamaba el novelista borracho? John-John Farro, sí, recuerdo... A menos que Farro haya escrito una novela.

—Farro ha muerto. Se disparó un fusil de caza en plena boca cuando se enteró de que tenía la enfermedad de Parkinson.

—Lo siento. El viejo bastardo me llevó a la catedral y me curó las heridas. Y me dijo que posiblemente detendría a todo el grupo de ella, para reacondicionarlo.

—No lo hicimos.

—Me alegro. Y me alegro también de que no tenga que pintar las rayas a su tigre cada día.

—Tienes buena memoria, ¿verdad?

Martin sonrió.

—No lo sabes tú bien. Debo tenerla. Llevo tres años, hora a hora, palabra a palabra, gesto a gestos, reviviendo lo pasado. Y dándome cabezazos en la pared, recordando